EL AROMA DE LA COSTA

*Max Román**

La gran mayoría de los viajes de mi infancia y mi adolescencia fueron a la Costa Chica de Guerrero, específicamente entre Acapulco y Ometepepec. Mi familia entera y yo íbamos metidos como felices sardinas en una Ichiban que mi abuelo compró a inicios de los noventa. Se volvió tradición de cada año hospedarnos en el pueblo costero de Marquelia y dormir en un pequeño hotel sobre la carretera federal. Desayunábamos a las 10 y comprábamos la comida de la tarde en el mercado local, con puestos de tablas de madera y piso de arena sólida, todo atestado de moscas a las que uno se acostumbraba en minutos.

En los primeros viajes, recorrimos durante horas la carretera costera buscando el camino, muchas veces de tierra y arena, para llegar a las playas a las que nos invitaban los lugareños cada mañana. Una día nos recomendaron una playa a un kilómetro y medio por terracería, muy bella, pero ya manchada por la población hotelera y restaurantera. (A esa playa iríamos cada año, hasta dos veces, en enero y en julio, durante las vacaciones.)

La arena era negra, en parte por su origen volcánico y en parte por el aceite de las pocas lanchas que traían y llevaban turistas a pasear por la costa; sin embargo, extensos bancos de arena amarilla bajaban hasta las olas. Nosotros preferíamos bajar por esos bancos, aunque la

* Escritor.

arena era tan caliente que nos quemábamos las plantas de los pies y no nos deteníamos hasta meterlos al agua.

Mi familia estacionaba la camioneta sobre el camino que nos llevaba a la playa, bajo la sombra de una casa que vimos crecer desde su construcción hasta que una familia vivió ahí feliz, dos años después de que el Estado intensificara la guerra en la región. Caminábamos unos cuantos metros desde la camioneta hasta las primeras palapas de la playa. Cargábamos bolsas con ropa de mis tías, comida, petates, un *six* de cervezas, y nos plantábamos bajo la misma palapa todos los años. A la señora que nos atendía no parecía afectarle el paso del tiempo, aparecía frente a nosotros como una figura eterna, inamovible en el color y textura de su piel.

(La descripción exacta y literaria de cada uno de los personajes anónimos en mis recuerdos es inútil; en cambio, el banco de imágenes de mi mente busca a una señora indígena o mestiza, costeña, con un tono de piel similar, con una estatura similar y el contorno de su cuerpo delgado y fino como una mecha quemada, y la atavía como alguna vez vi a mi bisabuela. Tomo la imagen de la madre de mi abuelo guerrerense, allí está, limpiándose las manos en un mandil, todo el residuo fresco de la masa de las tortillas o la sal de los pescados, el jugo del jitomate rebanado.)

Antes de que todos corriéramos al agua a nadar como polluelos entre las manchas de aceite (más grandes cada año) y enormes trozos de madera (pequeñas selvas flotantes), nos bañábamos bajo una regadera en un cuartito de ladrillos de hormigón sin techo y con un escusado que solo podía activarse cuando le vaciabas una cubeta entera de agua.

Siempre preferí bañarme solo y quedarme unos minutos bajo el agua fría, que, por el calor y el mar salado, se sentía tibia y sabía muy dulce. El chorro de agua también cambiaba con el transcurso de los años. El primer año fue el de una regadera normal; el segundo, tenía la misma potencia, pero menor número de hilos de agua, y así disminuyeron hasta que solo quedaron varios hilos transparentes, pero más gruesos y ruidosos.

Me plantaba bajo la regadera y miraba al cielo. Entre el azul perpetuo (nunca vi un solo día nublado en todos mis años en Guerrero) y yo,

había una frondosa palmera que se mecía con el fresco y salado viento. A las 11 de la mañana, los rayos se filtraban entre sus filosas palmas y un arcoíris se abría con el rocío de la regadera. Bajaba la mirada y enfrente podía ver, a través de los agujeros de los ladrillos, la extensión de pasto alto y los árboles que circundaban las habitaciones donde los turistas se hospedaban. (Más bien parecían cabañas comunales hechas de ladrillo rojo, muy poco ventiladas. Una vez nos instalamos en una de esas habitaciones, solo para probar; tomamos una habitación de la carretera al día siguiente.)

Tenía ante mí una panorámica completa del área habitacional y, en un extremo del jardín-patio, basura que se quemaba. Una enorme pila de materia carbonizada emitía tronidos y, tras cada uno de ellos, un ligero movimiento le daba una animación fugaz, como si un animal quisiera salir escarbando de ahí e instantáneamente se arrepintiera y se quedara quieto. Había pequeñas llamas vivas dispersas sobre el montón oscuro de ramas, envolturas de todos los materiales, recipientes, materia orgánica en putrefacción, telas viejas y, claramente visible, un zapato tenis: todo el deshecho que una familia podía tener en su casa. La columna de humo negro se elevaba, arremolinaba, giraba y se imponía por entre varias palmeras con menos fuerza que cuando comenzó el fuego, pero aún era formidable.

Mi hermano tocó la puerta de madera vieja y mal pintada: era su turno y yo me apresuré. Inundó el baño un aroma dulce y tostado, oscuro pero sutil, que sería característico de todos mis viajes a Guerrero. Esa noche salí solo del hotel a comer tacos en el puesto de la esquina, y ahí estaba ese olor; también estaba en la carretera al abrir la ventanilla, entre las hojas de los bosques de palmeras plantados en líneas y cuadrículas, en la costera Miguel Alemán de Acapulco, en la orilla y en las aguas de la laguna de Chautengo, incluso en el atrio de la iglesia de Ometepepec, de donde era mi abuelo. Guerrero para mí siempre ha olido y olerá a la carbonización de todos los elementos humanos, permanentes o desechables. A mis recuerdos.

Hace mucho tiempo que no he regresado a Guerrero pero, en muy raras ocasiones, el aroma viene a mí, a mi ciudad, traído por el viento. Cargo una gran nostalgia por el mar y por el olor a quemado de Guerrero.

La tarde en que recordé el aroma de la costa, el gran funcionario salió a dar una conferencia de prensa, en la que con voz apagada y forzada tristeza mostró a los medios las imágenes de los rescoldos de una quema inmensa, como la que vi muchas veces en las hierbas de la costa. Ante su silencio, ante las imágenes silenciosas que los peritos filmaron, hizo falta alguna versión del *Magnificat* (Arvo Pärt o Caleb Burhans) y convertirla, junto con los testimonios de los perpetradores de la pira, en un fragmento del más fino documental de Herzog. Me pregunté a qué olería ese Guerrero.

Durante esos días, leí la novela *Sin destino*, de Imre Kertész, donde encontré este fragmento:

Entonces percibimos claramente aquel olor difícil de definir que ya nos había llamado la atención: era un olor dulzón y pegajoso, con deje a residuo químico ya conocido, un olor tan intenso que casi me hizo devolver el pan. No nos fue difícil descubrir que procedía de una chimenea situada a nuestra izquierda, en la dirección del camino asfaltado, pero mucho más lejos. Parecía la chimenea de una fábrica y, según la respuesta que nos había dado alguno de los soldados, era en realidad la chimenea de una fábrica de cuero. Yo asocié aquel olor con el de otra fábrica de cuero por la que pasábamos algún domingo, cuando iba con mi padre a ver un partido de fútbol en el estadio de Ujpest.

Las imágenes se mezclaron en mi cabeza: Auschwitz, Marquelia, Guerrero. El hombre con buena memoria nunca recuerda nada porque jamás olvida nada, dijo Beckett de Proust. Y la nariz de Proust, hasta donde sabemos, nunca lo engañó, sino que fue uno de sus instrumentos principales para recuperar el tiempo perdido. Para mí, el dulce aroma de la costa siempre ha estado ahí, siempre presente en mi nariz, imposible de recordar a voluntad, al igual que el olor de las personas.

Me siento identificado con Kertész. Pero, ¿lo que yo olí era la muerte? Sí, pero no la de los muertos de Kertész o Guerrero, sino la muerte de todas las cosas, de la materia, identificable o no. Ni Kertész ni yo supimos identificar lo que sucedía en ese momento, debido a nuestra ingenuidad y juventud. Nuestra nostalgia por Guerrero y Auschwitz huele

dulce. Vi las copas de las palmeras lo suficiente como para tenerlas bien grabadas en mis recuerdos, igual que aquel zapato tenis que dejó de ser blanco para chamuscarse y derretirse; Kertész vería sin duda en esa playa una chimenea debajo de una columna de humo; seguramente para otros habrá más columnas de humo, más chimeneas, más objetos apilados e incinerados, más vacío carbonizado y recuerdos arrastrándose en el viento hacia el cielo.

Todos miramos en nuestros recuerdos elevarse algo al cielo. Muchas veces tengo miedo de que los recuerdos me engañen y encontrarme con la verdad de que era la palmera la que se quemaba, toda la playa en llamas, y que la pila de basura era el paraíso tropical; que no hubo estudiantes ni judíos, ni la fragilidad de todas las cosas, sino que el mundo se va entre las llamas que carbonizan incluso la tierra, lo humano que se quema, porque cuando nosotros desaparezcamos solo quedará el mar y el vacío.

Diciembre, 22 y 2014.

Enero, 7 y 2015.

©ITAM Derechos Reservados.

La reproducción total o parcial de este artículo se podrá hacer si el ITAM otorga la autorización previamente por escrito.